

tus labios hasta que no quede una gota. Las tinieblas, los males, los dolores, las espinas, las dudas, la desesperacion, todo cuanto de horrible tenemos en nuestras manos, caerá como un diluvio sobre tu cuerpo herido y sobre tu alma desgarrada. Las lágrimas se helarán como granizo en tus mejillas, mientras la sangre hervirá en tus venas. Llevarás aguda corona de espinas sobre el corazon y sobre la frente. Tu sangre será lava hirviente. Tu única bebida la hiel que tus propios hígados segreguen. Y un dolor inmenso azotará todo tu cuerpo, desgarrará toda tu alma, y si quieres ser libre, morirá en tí, contigo, toda tu especie.

ORIEL.

Imposible. Vuestro poder no alcanza, ni á impedir la renovacion de la vida en la naturaleza, ni á detener en nosotros la perpetuidad de la especie, ni á extinguir en el cielo ó en la tierra esa llama viváz de la esperanza. El esfuerzo del trabajo y la esperanza del alma, derrocarán toda tirania. Yo, desde el abismo de mis males, desde el potro de mis tormentos, yo es lo juro, ¡oh dioses!

V.

JUPITER.

Se despluman las potentes alas de mi águila, se desvanecen las chispas de mi rayo. He gustado el néctar, y me ha sabido á hiel. He devorado un poco de ambrosía, y me ha sabido á ceniza. Algo se apaga en el cielo; algo se muere en la tierra.

MERCURIO.

Júpiter, los dioses se van.

JUPITER.

Ya los veo murmurarse disgustados al oído sus mútuas quejas.

MERCURIO.

Dicen que vienen al Olimpo séres extranjeros,
indignos de penetrar entre nosotros.

JUPITER.

¿Y qué hacer, cuando desde su lecho de cenizas los esclavos se nos suben á las barbas?

MERCURIO.

Aquí en el Olimpo como allí en Grecia, todo se arregla por Asambleas.

Hablemos:

JUPITER.

Convoca las divinidades en Asamblea.

MERCURIO.

¿Quién de los dioses autorizado por su edad, desea hablar sobre los extranjeros al Olimpo?

MOMO.

Yo.

JUPITER.

Habla.

MOMO.

Con tu permiso.

JUPITER.

No lo necesitas, tu edad y mi convocatoria te dan derecho á hablar.

MOMO.

Si no puedo hablar con franqueza, prefiero callarme. Ya sabeis por larga experiencia que no tengo pelos en la lengua. El Olimpo está lleno de metecos, de extranjeros. Y estos extranjeros no se contentan con ser dioses despues de haber sido hombres, sino que quieren ¡infames! divinizar tambien á sus eunucos y á sus siervos. Luego te extrañará que los esclavos de la tierra se nos suban insolentes á las barbas.

JUPITER.

Nada de enigmas. Habla más claramente. Designa nombres propios. Cuando un orador tiene

miedo á su propia palabra infunde á los demás soberano desprecio.

MOMO.

Pues hablaré con entera franqueza. Aquí se nos ha entrado por las puertas un Baco, medio hombre no más y ya dios, extranjero á Grecia, nieto de mercaderes siro-fenicios, coronado con mitra oriental, oliendo á vino todo el dia, circuido de innumerable sucia canalla, de Pan, de silenos y sátiros, rústicos y mal olientes, con cuernos en la cabeza, pezuñas hendidas en vez de regulares piés, orejas puntiagudas como los asnos, larga cola como los monos, nariz aplastada y chata como los negros, ojos de lechuza y barbas de choto; tan borrachos que se nos caen desplomados encima, como para aplastarnos, y tan lujuriosos que persiguen á todas las diosas por las majestuosas cumbres del Olimpo. ¿Cómo quieres que los hombres nos tengan respeto? Esos inmortales son más feos, más bárbaros y más viciosos que los mismisimos mortales. No digo nada de las prostitutas que se nos han entrado por las puertas, y cuyos collares ganados en el lecho, brillan ahora como constelaciones de estrellas en el cielo. Por no dejarse nada

allá, en el mundo, se han traído aquí hasta sus perros. Hablemos de otros.

JUPITER.

Pon tiento á tu lengua. Me aterra ver á donde te arrastra tu desbocada palabra. Cuidado con decir cosa alguna mal sonante, ni de Esculapio, que cura las enfermedades, ni de Hércules llegado al cielo á merced de colosales trabajos y de esfuerzos maravillosos.

MOMO.

Los dejaremos en paz. Y si lo permites, hablaremos de ti, pues tengo mucho que decirte.

JUPITER.

¿De mí? Habla cuanto te venga en mientes.
¿Me vas á llamar también extranjero é intruso?

MOMO.

Pues mira, en Creta no se muerden la lengua para decir que no eres hijo de tu padre, que el

verdadero Júpiter se murió, y tú eres un cualquiera, un echadizo, un supuesto Júpiter. Pero dejemos esto y vamos á cosas más importantes. La causa principal de los generales desórdenes se encuentra en tí mismo. Te conviertes en miles de sustancias raras, de alimañas ridículas, y luego te quejas del poco respeto y del escaso culto. Temblando estoy de que, al ser toro, te sacrifiquen sobre cualquier altar los sacerdotes ó en sus juegos te lidien los iberos; temblando de que al ser oro la más ínfima doncella te recoja para brazalete de sus muñecas ó pendiente de sus orejas. Así, despues de tus correrías, te has traído por aquí todas esas turbas de salvajes semidioses. ¿Quién no se indigna al ver un siervo como Hércules en el cielo; y su amo Eurystheo sepultado en la tierra? El aguila se desliza en el cielo, anida en tu cabeza, y juega con tu cetro, como si fuera el dios de los dioses. Los extranjeros nos obstruyen el paso. Nadie hubiera creído que llegaran hasta nosotros, hasta nuestro Olimpo, Atys, Coribas, Sabasio y otros bárbaros. ¿Quién es ese Meda Mitra, vestido de rozagante púrpura, coronado con su áurea tiara persa, ignorante del griego, de la lengua de dioses? Hasta los esclavos getas se cuelan en las asambleas de las

divinidades griegas. Pero, ¿qué mucho? Ese perro que ladra, y que el mejor dia te muerde las pantorrillas, es un dios de Egipto. Ese toro de Memphis, que muje por ahí pastando estrellas, pronuncia oráculos, y tiene adoradores. No podemos vernos libres de ibis, micos, machos cabrios, terneros, vacas y hasta ratas con que nos han inundado los egipcios. A tí mismo te han plantado esos invasores un par de cuernos, como á cualquier macho cabrio en la espaciosa frente.

JUPITER.

A primera vista parece vergonzoso lo que dices de los egipcios; pero todos esos animaluchos son verdaderos emblemas de que no debeis burlaros los que no estais al cabo de su verdadero sentido.

MOMO.

No se necesita estar iniciado en ningun misterio para saber que los dioses son dioses, las calabazas calabazas y los egipcios imbéciles.

JUPITER.

O deja esa conversacion, ó apercíbete á una reprimenda...

MOMO.

Son tantos los escándalos, que se pueden recoger á manos llenas. En Cilicia hay un Anfíloco, hijo de nefando parricida, que dice oraculares sentencias por dos óbolos. ¡Oh hermoso Apolo! dios de la poesía y de la música, suelta las riendas de tus deslumbradores caballos, arroja lejos de tí la áurea cítara, porque no hay piedra rociada de aceite y altar coronado de flores que no lance sentencias de oráculo como tras ellas se encubra cualquier atrevido charlatan. Desde que dioses indios, persas, medos, egipcios, han penetrado en nuestro alto Olimpo, nos desprecian todos los hermanos, y les sobra para despreciarnos razon.

JUPITER.

Pero ¿qué hacer? ¡El hombre ha crecido tanto! Ya no estamos en aquellos tiempos en que

las crédulas gentes venian en tropel á ofrecernos sus presentes y á cantarnos amorosas canciones en suaves coros. Ya no brota de cada flor una nube de esencias para perfumar el cielo, ni de cada boca una religiosa oracion. Aquella alegría que reinaba, cuando Grecia era nuestra única sacerdotisa, se ha trocado en profunda melancolía. No sé qué extraño Dios engendra el Oriente, Dios de dolores, de muerte, amargado con la hiel de todos los dolores, tendido sobre afrentoso patíbulo, esclavo de esclavos, y sin embargo, pronto á surgir en el horizonte y á borrarlos de la vista de los hombres como el sol borra las estrellas. Le van á llamar el Dios-espíritu. Pues bien, se necesita que contra las ideas del Dios-espíritu se reúnan las fuerzas del Dios-naturaleza. Por eso hemos llamado á las puertas de todos los templos, y por eso hemos reunido á los dioses de todas las teogonías. Y aun todos reunidos, difícilmente venceremos, porque mira, el esclavo aherrojado, tendido sobre el Cáucaso, tostado en la mitad de su cuerpo por los volcanes, y helado en la otra mitad por los aludes; á pesar de haber sentido nuestro látigo, se revuelve con ira y nos amenaza, porque diz haber encontrado en su alma la idea de justicia, en sus brazos la fuerza del tra-

bajo, en su corazon la esperanza. Lo teniamos
aherrojado y han venido los fuertes thracios á
romper sus cadenas, y anda errante por las mon-
tañas de la libertad, por las montañas de The-
salia. ¿Qué podemos hacer cuando nos abandona
la humana conciencia? El Dios necesita del hom-
bre como de la sombra el cuerpo. Se van los
dioses y vienen los esclavos.

FIN

DEL TOMO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE.

